



Liu Chao Chi y Chu En-Lai

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

Lo que «Izvestia» llama «escalada de la histeria» ha llegado en China a un punto en que parece imposible que pueda seguir progresando. Un paso más y es el caos. China tiene una antigua propensión a la anarquía y era un país anárquico hasta 1949; dieciocho años de marxismo le habían dado cohesión, disciplina, espíritu común. Este barniz estalla. La creación de «comunidades», sobre el modelo de la de París en 1871, parece ser el último invento de Mao para hacer frente a la oposición. Se ha proclamado una en Taiyuan (provincia de Shanshi), creada en torno a un «concejo municipal revolucionario» y el modelo se extiende a otros lugares: a Singtao, a Kweichow; se intenta su creación en Shanghai. Su objeto es, según declara «Bandera roja», «tomar el poder para ejercer la dictadura sobre la clase enemiga». Se trata en realidad de una especie de bolsas maoístas enclavadas en regiones donde la oposición trata de resistirse, como lo ha hecho hasta ahora; es decir, pasivamente, a la llamada «revolución cultural». La Comuna de París es un antecedente glorioso, pero poco eficaz, de los movimientos revolucionarios del siglo XX. Se produjo en un momento histórico, sin paralelo posible con la China actual. Se trataba, por parte de los parisinos, de negar la validez de la «paz de Burdeos», que determinaba la entrada en la capital de las tropas alemanas (tras la guerra francoprusiana) y la ilusión duró escasamente dos meses. La revuelta del 18 de marzo de 1871, los combates callejeros durante una semana —hasta el 28 de mayo—, la lucha en las barricadas, el fusilamiento de rehenes, fueron episodios que, si bien llenaron el santoral laico del socialismo de nombres y de hazañas con timbre heroico, en realidad retrasó el progreso del socialismo francés —y, por lo tanto, el internacional— en más de un cuarto de siglo. La Comuna de París respondía al mismo tiempo a numerosas circunstancias históricas: la frustración de los jacobinos de 1848, el vacío del poder dejado en la capital como consecuencia de la guerra francoprusiana, el temor de París de perder su capitalidad... Ninguno de estos hechos parecen responder a la situación actual de China.

Este nuevo intento del grupo Mao parece representar la necesidad de crear grupos de agitación ajenos al aparato normal del partido, como ya lo fueron los «guardias rojos». Se trata de crear unos mecanismos de crispación que fueren a los vacilantes a tomar posiciones. Algo parecido puede decirse del endurecimiento de posiciones respecto a la Unión Soviética, manifiesto no sólo en el prolongado sitio de la Embajada de la URSS en Pekín, de donde tuvieron que ser evacuados difícilmente mujeres y niños, sino en la astuta maniobra de la Embajada china en Moscú, donde, después de una serie de actos de provocación que exceden y desbordan todos los usos diplomáticos —como es situar carteles luminosos en su fachada para atacar desde ellos al Gobierno soviético—, provocaron una «invasión», abriendo las puertas a un grupo de jóvenes soviéticos que acudían en comisión para llevar un escrito de protesta y luego fotografiarles en el interior, acusándoles de invasores. Esta curiosa maniobra está destinada a provocar en el interior de China una nueva ola antisoviética que ayude a barrer los elementos moderados que tratan de soldar los maltrechos puentes del mundo comunista y, al mismo tiempo, a tratar de presentar a China como víctima ante los demás países del Este y ante los partidos comunistas del mundo. La extrañeza de esta arriesgada maniobra no hace más que acentuar con qué carácter de desesperación el grupo de Mao trata de modificar la situación en favor suyo, y da a entender que la silenciosa oposición tiene mucha más fuerza de lo que parece.

# HACIA UN DESENLAJE

Por otra parte, China aumenta continuamente su política antiamericana. Las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores, mariscal Chen Yi, en la recepción con que se celebraba la independencia de Ceylán, explican que la revolución cultural es, ante todo, «la más extensa y la mejor preparación para la guerra», naturalmente, dirigida contra el imperialismo americano: «Setecientos millones de chinos están preparados para intervenir en la lucha del Vietnam y para la salvación nacional, y pueden ciertamente aplastar cualquier intento del imperialismo americano para ampliar su guerra de agresión». La última maniobra de crispación que podría realizar Mao Tse-Tung en China —y, más que Mao Tse-Tung, los elementos revolucionarios que actualmente le desbordan— sería la rotura de fronteras con el Vietnam del Norte, para tener un encuentro frontal con los soldados de Estados Unidos. No parece, hasta ahora, que el Ejército, cuya moderación no se ha roto todavía, a pesar de algunos anuncios de que se sumaba a la revolución cultural, pudiera secundar esta maniobra, esta especie de sansonismo que modificaría enteramente las circunstancias mundiales.

El temor de que suceda así es, probablemente, una de las razones que pudieran tener los soviéticos, por una parte, y Ho Chi Minh, por otra, de



acelerar las condiciones de paz en el Vietnam. Para Ho Chi Minh y para los guerrilleros del Vietnam del Sur —el Frente de Liberación Nacional— no podría haber catástrofe mayor que la de una ayuda masiva de China. No es solamente la posibilidad de un conflicto mundial, sino la de que la guerra dejase de ser «la suya» para convertirse en la guerra de China, en la guerra de Mao. Hasta ahora, Ho Chi Minh ha conseguido mantenerse al margen de los chinos, a pesar de su frontera y de la ayuda que recibe de Pekín. Para Ho, la guerra era una cuestión vietnamita, que podían ganar por sí solos los vietnamitas y que, de hecho, estaban ganando, sin necesidad de acciones espectaculares en el frente de combate, sino por el hecho de obligar a los Estados Unidos a una intervención cada vez mayor y a hacer que toda su política interior y exterior, toda su economía, basculase en torno a la intervención en el Vietnam. El frente interior de Estados Unidos está cada vez más dividido y el aislamiento de sus amigos del exterior cada vez mayor.

La URSS, por su parte, está ampliando cada vez más sus acciones para conseguir la paz. Tras la importantísima visita de Podgorny al Papa, donde como se ha asegurado el tema del Vietnam fue el principal entre los que se trataron, la de Kosyguin a Londres tiene un carácter similar. El torpe Gobierno laborista de Wilson ha llegado a un punto en el que de verdad tiene que tomar una posición pacifista con respecto al Vietnam, si quiere subsistir y que su partido no se divida de una manera irreparable. Wilson hasta ahora no ha realizado más que una política falaz e hipócrita, tanto en este terreno de la guerra del Vietnam como en los otros puntos principales de su gobernación —descolonización, Mercado Común, precios y salarios—, pero no es ésta época en que se pueda permitir ningún gobernante el lujo de una política de apariencias, aunque muchos lo crean así. Está pasando la época de los Gobiernos con careta, de los lobos disfrazados con piel de cordero, entre otras razones, porque hoy se vive cada vez más sobre hechos y sobre realidades, más que sobre palabras orales o escritas; los faroles gubernamentales los desmonta, los apaga de un soplo la opinión pública. Wilson no puede seguir fingiendo que el Plan Brown es un auténtico plan de paz en el Vietnam.

Quizá el presidente Johnson pueda comprender en estos momentos que está delante de una oportunidad única en su biografía política. La necesidad de Ho Chi Minh de que haya una paz honorable en su país,



## CHINA

El jefe del estado Liu-Chao-Chi preside un desfile en Pekín junto al ministro de Asuntos Exteriores, mariscal Chen-Yi. Abajo, una concentración de «guardias rojos» enarbolan retratos de Mao Tse-Tung en un acto de la «revolución cultural».



la de Moscú de apagar un punto incendiario en Asia en un momento extremadamente peligroso, son hechos que debían incitarle a buscar realmente una fórmula de paz negociada, si es que tiene aún fuerza para ello. La alternativa de una invasión china de la península vietnamita es algo que debe horrorizarle, que debe dejarle sin dormir noches y noches.

Le queda por jugar unas cartas arriesgadas. La que más puede ilusionarle es la de que entre China y la URSS puede producirse la guerra que China tenía reservada contra los Estados Unidos. Es una idea utópica. Entre China y la URSS puede haber incluso encuentros fronterizos, pero nada más, Mao sabe que una gran parte del país se volvería contra él en caso de una guerra abierta contra la URSS, lo cual no le sucedería en una guerra contra los americanos.

La otra posibilidad es la que queda enunciada al principio de estas líneas: que un grupo moderado tome el poder en China para zanjar el problema de sucesión entre Lin Piao y Liu Chao Chi. Este grupo moderado nunca sería anticomunista, como parece creerse en Formosa y hasta en Washington, ni siquiera sería moderado en el sentido estricto de la palabra. Podría estar incluso dirigido por Chu-En-Lai, cuya posición dentro de la revolución cultural es crecientemente discreta y marginal, o por un hombre cuyo nombre sea hasta ahora desconocido, pero que, ayudado por el Ejército, anulase comunas y «guardias rojos» y representase un regreso a la estabilidad. Aunque el saldo de estos meses anárquicos costará sin duda muchos años de esfuerzos para que sea borrado definitivamente, como costó muchos años borrar los errores de la Comuna de París.